

Aimé Bonpland Su vida en la América del Sur y principalmente en la República Argentina (1817-1858)

Juan A. Domínguez

Aimé Bonpland Sa vie en Amérique du Sud et principalement dans le territoire argentin (1817-1858)

Bonpland permanece en Misiones instalado en Santa Ana, en una pequeña colina entre dos arroyos y a dos leguas del Paraná donde, ocupado en el planteo de su establecimiento, queda hasta el mes de julio, en que enferma y se ve obligado a regresar a Corrientes donde llega el 3 de agosto. El 3 de septiembre escribe desde esa ciudad al caudillo Ricardo López Jordán, que por muerte de Ramírez ha ocupado el gobierno y está radicado en el Paraná, la siguiente carta:

Corrientes 7bre 3 de 1821.

Emo. Sor. Don Ricardo Lopez Jordán Jefe Supremo interino y Gobernador de la República de Entre Ríos.

Exmo. Sor.:

El tres de Agosto llegué de Misiones aquí enfermo y por ha ver se prolongado mi enfermedad no me ha sido posible tener el honor de escribir a su tiempo a V. E. como me correspondía hacerlo y lo deseaba.

Saliendo de Misiones mi plan era de seguir hasta Buenos Aires con el objeto principal de ver mi familia y hacerme de muchas cosas indispensables al establecimiento que junto con mi amigo el Sor. Don Filiberto Voulquin hemos empezado en el pueblo de Santa Ana sobre la Costa del Paraná. Hoy me veo precisado de mudar éste plan 1º por lo sucedido últimamente en Misiones. 2º por el estado actual del Entre Ríos. 3º en fin porque las cartas de Bs. As. con fecha 2 de Agosto anuncian que de nuevo se han cerrado los puertos.

Cuando determine mi viaje a Misiones el Exmo. Sor. General Ramírez el finado hermano S. E. instruido por mis miras me autorizó a poblar allí sobre el punto que me pareciera mas conveniente y sobre todo me pidió de examinar con suma atención los yerbales, el modo mas provechoso de beneficiarlos; la cantidad de yerba que e podría sacar annalmente; el número de los indios reunidos por el capitán Nicolás Aripé; los que se podrían sacar de los montes; ayudar a dicho Aripé si lo juzgaba con buenas disposiciones, etc.

Cuando supe aquí la muerte gloriosa del Exmo. Sor. General me lisonjeaba todavia poder ir al Paraná y hacer referencias de todas mis observaciones a V. E. pero me veo precisado de regre-

sar a Misiones y me lisongeo de poder salir de aquí a pocos días.

Aunque éste viaje tenga toda la apariencia de un interés personal debo decir a V. E. que lo hago tambien con la esperanza de que será útil a todos. Conozco personalmente al capitán Aripé y sus intenciones pacíficas, el me tiene algun respeto por la recomendación que le hizo de mí el Exmo. Sor. General y tambien por el modo que me he portado con él.

Más, estoy seguro de que mi vuelta allí le será agradable y de que yo alejaré de su espíritu todos los temores que él hubiese podido tomar sobre la última expedición en Misiones como he alejado las que tenía sobre el Sor. Capi tán Dn. Gregorio Gomez.

Exmo. Señor me estimaria feliz de poder contribuir en algo a la restauración de unos pueblos que han sido tan brillantes y que solos y en pocos años pueden baxo el gobierno de V. E. hacer ricos al gobierno y a los habitantes del Entre-ríos.

Tengo el honor de saludar a V. E. y de decirme Su mas humilde y atento servidor

Amado Bonpland.

En la misma fecha, escribía al Secretario del Jefe Supremo:

Corrientes 7bre 3 de 1821.

Al Sor. Dn. José Isldefonso Castro Secretario del Exnio. Sor. Gefe Supmo. de la república Entreriana.

Sor. Secretario:

Por este mismo Correo tengo el honor de escribir al Exmo. Sor. Gefe Supremo y por no ser demasiado largo he omitido de tocarle un punto que me parece de la mayor importancia reservando me de comunicarle se lo á V.M.

En los primeros días de Julio llegaron algunos individuos de Misiones y inmediatamente se esparamó la voz de que se había perdido el Exmo. Sor. general finado etc. de allí resultaron algunos desórdenes y tuve la fortuna de apaciguar los por haver me transportado al Campamento de Aripé y de haber hablado con el sobre el particnlar. Algunos días despues fue instruido de que se me había abierto una carta dirigida por un sujeto de la mayor distincion. Y jamas pretendida carta llegó en mi poder.

Palabras clave: Bonpland – Humboldt – América del Sur – República Argentina

Key words: Bonpland – Humboldt – Amérique du Sud – Territoire argentin

Si a caso el Exmo. Sor. Gefe Supmo. Dn. Ricardo Lopez Jordan hubiese tenido la bondad de testar a la carta que tuve el honor de escribir le desde Caacaty con fecha del 3 de Junio sería cierto de que me han interceptado una carta.

En este supuesto conosco el individuo, mas sospecho que dicho individuo se ha transportado cerca de Aripí con algun fin particular y nada ventajoso al gobierno actual; tengo noticias de creer que ha instruido Aripí de la llegada próxima del Sor. Comandante Esquibel y que le ha inspirado temores de juntar se con el.

En semejante situacion he tenido a bien de guardar el mas profundo silencio. Si fuese cierto lo de la carta sustraída serían mas fundadas mis demás sospechas.

El culpable, en todo eso, hasta ahora, lo tengo a mi disposicion y hare todos mis esfuerzos para ser dueño de el hasta recibir contestacion de V.M. sobre el particular.

Si V. M. y el Exmo. Gefe Supmo. piensan de que todo lo expuesto tiene algun fundamento, la marcha la mas segura sería de llamar me y en este caso caminaría con el culpable presumido.

A mi parecer, el modo el mas seguro de conservar la buena armonia con Aripí, con los yndios que tiene ya reunido y con las muchas familias que se hallan esparimadas y escondidas en los montes sería de mandar en Sta. Ana un religioso bueno, pobladores, entrar en relation directa y seguida con el y ultimamente meter a sn lado un hombre racional que le sirviese de secretario y de mentor y que sobre todo supiese ganar y conservar su confianza.

Dispense V.M. Sor. Secretario una carta tan larga y reciba V.M. las expresiones de alta consideración con la qual tengo el honor de decir me

Su mas attento y affecto servidor

Bonpland

P. S. - acabo de saver por un individuo recién llegado de Caacaty que corre allí la, voz de que los franceses han dado 200 cartuchos a los indios; que por este motivo se ha vuelto el Sor. Comandante Esquibel y que está con bastante cuidado en Caacaty. Aun que pienso que todo eso son cuentos debo repetir a, V. M. lo que creo haber tenido el honor de decir le auii en el corto momento que lo he visto.

Persuadido de las buenas intenciones de Aripí y de sus buenas disposiciones para marchar contra los yndios rebeldes de los pueblos del centro y viendo que no los iba a perseguir por una falta entera de municiones me desprendí de la sola libra de polvora que yo tenia. Hizo con ella y con alguna munit.ion gruesa que el tenia 40 y tantos cartuchos y con eso y sin viveres se puso inmediatamente en marcha. Cuando encuentre al Sor. Comte. Esquibel cerca de Itaibate lo informe de esto y tambien de mi parecer sobre Aripí. Hize lo mismo con el hermano del Comte. Carriego que tuve el placer de encontrar en la posta de Arerungua.

De vuelta en Santa Ana, prosigue sus trabajos ayudado por los indios que el Capitán Aripé tiene reunidos en su campamento porque entra en sus miras atraerles y enseñarles el cultivo racional del caá, para tratar de rehacer los destruidos yerbales.

Y en la sana intención de mantener buenas relaciones con su vecino, el dictador del Paraguay doctor Gaspar Rodríguez de Francia, hacerle conocer los motivos de su presencia en Santa Ana y darle al mismo tiempo la más completa información sobre los cultivos que lleva a cabo con el concurso de los indígenas, y la labor que piensa desarrollar en el futuro. Encarga al señor don José Tomás Isasi de comunicarle al dictador todos sus proyectos, para lo que se traslada tres veces a la guardia paraguaya del Campichuelo, situado frente del

pueblo de Candelaria, según lo declara cuando, en septiembre de 1834, pedía al gobierno de Corrientes se le atestiguara su larga prisión en el Paraguay.

Atacado en sus intereses materiales por ésta competencia en la producción de la yerba mate, sobre la cual quería conservar el privilegio, herido en su amor propio por la toma de posesión de un territorio que creía depender del dominio del Paraguay, e irritado por el concurso que le prestaba el gobernador de Corrientes, Francia se decidió a actuar contra Bonpland.

En efecto, el 8 de diciembre de 1821 a las 8 de la mañana, 400 paraguayos entran a mano armada en Santa Ana con orden de destruir todo y hacer prisionero al colono francés.

En medio de lo que él consideraba de una seguridad completa, dice Robertson (J. P. and W. T. Robertson, Francia's Reign of Terror, págs. 277-79), en un territorio cuyas autoridades respetaban a su huésped, en un territorio en paz con el Paraguay, ocupado en la prosecución de estudios destinados a agregarse al stock de conocimientos del mundo entero, Bonpland vió interrumpir con una violencia inaudita su tranquila y provechosa carrera.

El déspota esperó el instante en que toda sospecha hubo desaparecido para él, aun cuando jamás hubiese existido en el espíritu del confiado colono. Con el deslizamiento oculto del tigre, Francia se aproximó y saltó sobre él.

A media noche un cuerpo de cuatrocientos hombres que había sido reunido gradual y silenciosamente sobre la margen opuesta, pasó en canoas de Itapuá a Candelaria. Sable en manos y fusiles preparados se lanzaron sobre la colonia de Bonpland. En medio de los gritos y damores de los habitantes, los soldados masacraron a todos los indios del establecimiento, apalearon e hirieron a las indias e incendiaron las casas, instrumentos, cosechas, plantaciones, reduciendo el todo a un montón de ruína negra y humeante. A Bonpland le aturdiron a sablazos, le engrillaron, le arrancaron de entre sus fieles servidores que tres horas antes le rodeaban todavía con sus cuidados y sus afecciones y burlándose de su angustia por el espectáculo de horror que le rodeaba, sin piedad para sus sufrimientos, lo pusieron brutalmente a bordo de una canoa haciéndole atravesar el Paraná y lo llevaron hasta Santa María. No creáis, que he exagerado en nada esta narración que me ha sido hecha a mí mismo por Bonpland y que los colores de este cuadro hayan sido forzados por mi imaginación.

Centenares de testigos están allí presentes para atestiguar la verdad de mi narración y en la provincia de Corrientes los hechos precisos que acabo de detallar son familiares a la población entera. En lo que concierne a Bonpland mismo, es de notar que habla siempre en términos moderados de todo lo que le ha sucedido como consecuencia de las órdenes de Francia.

He aquí de qué manera justificaba Francia su conducta, después de algunos días, en presencia de otro europeo, el naturalista Rengger, a quien también retenía desde algún tiempo en la Asunción en una cautividad bastante dulce (Rengger y Longchamps, *Ensayo histórico sobre la Revolución del Paraguay y el gobietno dictatorial del doctor Francia*, Asunción, 1897, 49-52).

Habiendo llegado el 28 de diciembre, escribe éste, de un viaje a Villa Real, me presenté al día siguiente a la casa de gobierno para mostrar según costumbre, mi pasaporte al Dictador.

Éste, en seguida que se me anunció, apareció en la galería donde daba ordinariamente audiencia y donde se lo esperaba, me hizo varias preguntas sobre mi carrera y me dijo al fin que el señor Bonpland era su prisionero desde algunos días.

El señor Bonpland había formado, agregó, un establecimiento para preparar la yerba del Paraguay con los indios que después del pasaje de Artigas habían quedado en las Misiones destruídas del Entre Ríos. Queriendo establecer relaciones conmigo, ha venido dos veces sobre la margen izquierda del Paraná, frente a Itapuá, a fin de hacerme enviar despachos por el jefe de estos indios, pero estos despachos eran escritos por su propia manos.

No he podido sufrir que se preparase la yerba en estos lugares que por otra parte nos pertenecen; resultaría mucha pérdida para el comercio del Paraguay; es por eso que envié cuatrocientos hombres, que, después de haber destruído este establecimiento, han traído varios prisioneros indios y con ellos al señor Bonpland.

Traté entonces de justificar al célebre viajero, pero el Dictador me impuso enseguida silencio, y agregó con tono irritado: No es porque haya venido a preparar yerba sobre nuestro territorio que me he indignado con él, sino porque ha hecho causa común con mis enemigos que conocéis demasiado bien durante los nueve meses que os retuvieron en Corrientes; en fin, he encontrado entre los papeles de Bonpland dos cartas, una de Ramírez, la otra de su teniente García, que gobierna en la Bajada; las dos me han demostrado, lo que sospechaba ya, que este establecimiento no fué formado más que para facilitar una invasión al Paraguay.

Según lo que he sabido más tarde, el Dictador no me había dicho más que la mitad de la verdad. Debía agregar que sus soldados habían masacrado una parte de los indios, que el señor Bonpland sin que hubiese opuesto resistencia recibió un sablazo en la cabeza, que sus efectos habían sido saqueados y que sin condolerse de sus sufrimientos se le había conducido con grillos hasta Santa María, sobre la margen derecha del Paraná; durante este trayecto, Bonpland, olvidando que trataba con sus propios enemigos, prestó sus servicios médicos a los soldados del Dictador que habían sido heridos en la expedición.

En cuanto a la vista política en que el Dictador pretendía complicarlo, es absurdo creer en ello. Si Bonpland tuvo relación con los jefes de Entre Ríos fué porque su protección le era necesaria para su empresa y por otra parte, ya se sabía que la cabeza de Ramírez hacía ya tiempo que estaba expuesta en una jaula de hierro en Santa Fe. Sin embargo, desde el momento en que el Dictador tuvo conocimiento de la manera cómo había sido tratado Bonpland, dió orden de que le sacara inmediatamente los grillos. Al mismo tiempo le hizo entregar sus efectos y todo cuanto había escapado al saqueo de sus soldados y que se encontraba en manos del subdelegado por el comandante de las Misiones. Le asignó por estada a su prisionero el caserío de Santa María, donde se le había, internado desde un principio, con la facultad de circular en una zona de algunas leguas. Después de algunos meses no pudiendo obtener permiso para visitar la Asunción y viajar por el interior de la República, Bonpland se instaló, entre Santa María y Santa Rosa, en una pequeña colina "El Cerrito". Es allí donde vivía, dice Rengger, después de nuestra partida del Paraguay (1825), entregado a la agricultura que le suministraba apenas los medios de subsistencia, pero amado y respetado por todos los habitantes de la comarca a los cuales no podía ser más útil, sea por sus conocimientos generales, sea por el socorro que les llevaba como médico. Sin embargo separado de todos los objetos de sus afecciones, no pudiendo ocuparse de sus estudios favoritos, no teniendo, con pocas excepciones, por toda sociedad, más que los empleados del Dictador o los indios, su suerte era verdaderamente deplorable.

Más tarde Bonpland decía a uno de sus confidentes, Adolfo Brunel (Adolfo Brunel, *Biografía de Aimé Bonpland*, págs. 84-85).

He llevado en el Paraguay una vida tan feliz como puede pasarla un hombre que se encuentra privado de toda relación con su patria, su familia y sus amigos. El ejercicio de la medicina me servía de medio de existencia, mis servicios me hicieron amar y buscar por los habitantes, que saludaban con respeto al francés que veían con los pies desnudos, vestido como un criollo con una camisa flotante y con calzoncillo, visitando a los enfermos y llevándoles el coraje y la salud.

Como mis enfermos no me ocupaban constantemente, me dedicaba con pasión a la agricultura que ha tenido para mí tantos atractivos y en la cual ensayaba aplicar los métodos perfeccionados y más racionales de Europa. La medicina me conducía a la farmacia; preparaba los medicamentos, componía y destilaba jarabe; iba hasta confeccionar dulce del cual los habitantes eran muy golosos. Cuando había preparado una buena provisión, partía cada ocho días del lugar de mi residencia para Itapuá, acompañado de un carguero llegado a esta pequeña villa, alquilaba una pieza y exponía allí mi mercadería.

También establecí una fábrica de aguardientes y licores; en fin tuve un taller de carpintería y un aserradero, que no solamente me sirvieron para la explotación de mi dominio, sino que me procuraron algunos recursos pecuniarios.

Fue necesario el transcurso de todo un año para que se supiera en Europa, la cautividad de Bonpland en el Paraguay, siendo de suponer que el barón Alejandro de Humboldt haya sido él primero en hacer trabajos para conseguir la libertad de su amigo, como que en efecto escribió una carta al Dictador Francia enviándole las obras que él y Bonpland habían publicado.

El naturalista viajero Grandsire también hizo muchísimos trabajos en nombre del Instituto, pero desgraciadamente sin ningún resultado; lo mismo que el Vizconde de Chateaubriand, ministro de relaciones exteriores de Francia, que fracasó en sus tentativas de libertad.

Don Pedro I, emperador del Brasil, puso su concurso decidido a favor de Bonpland, pero sin éxito. El encargado de negocios de Inglaterra ante el gobierno argentino, señor Parish, también fracasó en sus tentativas.

El libertador Simón Bolívar puso toda su voluntad y toda la energía de que era capaz para tentar su liberación y dirigió al Dictador la siguiente carta que envió por triplicado y por conductos distintos:

Lima, Octubre 23 de 1823.

Al Señor Doctor Francia, Dictador del Paraguay.

Exmo. señor:

Desde los primeros años de mi juventud tuve la honra de cultivar la amistad del Señor Bonpland y del Señor barón de Humboldt, cuyo saber ha hecho más bien a la América que todos sus conquistadores.

Yo me encuentro ahora con el sentimiento de que mi adorado amigo el Señor Bonpland está retenido en el Paraguay por causas que ignoro.

Sospecho que algunos falsos informes hayan podido calumniar

a éste virtuoso sabio, y que el gobierno que V. E. preside se haya dejado sorprender con respecto a este caballero.

Dos circunstancias me impelen a rogar a V. E. encarecidamente por la libertad del Señor Bonpland. La primera es que yo soy la causa de su venida a América, porque yo fui quien le invitó a que se trasladase a Colombia y ya decidido a ejecutar su viaje, las circunstancias de la guerra lo dirigieron imperiosamente a Buenos Aires; la segunda es, que este sabio puede ilustrar mi patria con sus luces, luego que V. E. tenga la bondad de dejarle venir a Colombia, cuyo gobierno presido por la voluntad del pueblo. Sin duda V. E. no conocerá mi nombre ni mis servicios a la causa americana; pero si me fuese permitido interponer todo lo que valgo, por la libertad del Señor Bonpland, me atrevería a dirigir a V. E. este ruego.

Dígnese V. E. oír el clamor de cuatro millones de americanos libertados por el ejército de mi mando, que todos conmigo imploran la demencia de V. E. en obsequio de la humanidad, la sabiduría y la justicia, en obsequio del señor Bonpland.

El señor Bonpland puede jurar a V. E., antes de salir del territorio de su mando que abandonará las provincias del Río de la Plata para que de ningún modo le sea posible causar perjuicios a la provincia del Paraguay, que yo mientras tanto, le espero con la ansia de un amigo y con el respeto de un discípulo, pues sería capaz de marchar hasta el Paraguay sólo por libertar al mejor de los hombres y al más célebre de los viajeros.

Exmo. señor: yo espero que V. E. no dejará sin efecto mi ardiente ruego y también espero que V. E. me cuente en el número de sus mas fieles y agradecidos amigos, siempre que el inocente que amo no sea víctima de la injusticia.

Tengo el honor de ser de V. E. atento, obediente servidor.

Bolívar.

Esta carta no obtuvo respuesta. Seis años después, el 12 de mayo de 1829, se le notificó se retirara del Paraguay, dándole como plazo hasta el 17 por la mañana para arreglar sus negocios.

Esta expulsión, tan súbita como su secuestro, no le daba tiempo suficiente para liquidar su pequeña industria en el Cerrito; pero gracias a la amistad del comandante consiguió un plazo de ocho días.

Se dirigió a Itapúa en la frontera paraguaya, donde tuvo que esperar veinte meses para que llegara a manos de las autoridades locales la orden de libertad firmada por Francia. El 6 de diciembre de 1830 se le somete a un nuevo interrogatorio: si no tenía conocimiento de dos cartas firmadas A. B. ¿Por qué ha venido a Santa Ana? ¿Por qué se ha asociado a los indios? Si su gobierno no lo ha enviado como espía. Si era emisario de Buenos Aires.

El 17 de enero de 1831 recibió permiso de pasar el río, haciéndole conocer, al mismo tiempo, el favor que le dispensaba Francia de no limitarle el tiempo de su partida y de no exigirle derechos de extradición!

Tenía que pagar únicamente su pasaje.

Recién el 2 de febrero de 1831 Bonpland atravesó el Paraná, con permiso de ir a donde mejor quisiera; y el día 8 abandonó las hermosas márgenes del Paraná y se dirigió a San Borja, donde llegó el día 14 por la noche.

De allí escribe esta carta que a continuación transcribo, dirigida a Domingo Roguín, quien hará conocer a sus amigos de los dos mundos el fin de su cautividad, contestando la dirigida por éste a Bonpland desde Buenos Aires, el 8 de noviembre de 1829, que Bonpland recibió en el Paraguay por dos viajeros brasileños, y existente en el archivo.

San Borja, 25 de Febrero de 1831.

Mi querido y viejo amigo:

Convencido del vivo interés que habéis siempre tomado por mi suerte me apresuro a informar de mi partida del Paraguay.

Después de una estadía de veinte meses en Itapúa, donde he formado y dejado un segundo establecimiento agrícola, partí en fin para el Paraná según una orden superior del 2 de Febrero. El 8 me encontré sobre los bordes de éste río y el 15 llegué a San Borja, El portador de la presente es Mr. Arango, negociante portugués a quien conocí en Itapúa.

Os ruego que le hagáis todo servicio si la ocasión se presentara. La creciente excesiva de las aguas de éste río no me ha permitido transportar todos mis bagajes. Una vez hecho ésto, partiré para visitar las poblaciones de las misiones sobre la margen izquierda del Uruguay; despues de eso, iré a Corrientes donde espero encontrar todo lo que he dejado, sobre todo mis libros, que me son excesivamente necesarios, a consecuencia de la pérdida. que he experimentado de muchos libros en el primer mes de mi llegada al Paraguay.

De Corrientes regresaré probablemente a San Borja para arreglar mis negocios; iré enseguida a Buenos Aires donde tengo tantos deseos y al mismo tiempo necesidad.

Para poner fin a las suposiciones funestas que Ud. y todos mis amigos, deben naturalmente haber hecho durante los nueve años de mi detención en el Paraguay, debo decirle que he pasado una vida tan feliz como puede pasar aquel que se encuentra privado de toda comunicación con su país, su familia y sus amigos.

La práctica de la medicina me ha proporcionado siempre el medio de subsistencia, pero como ella no tomaba todo mi tiempo, me dedicaba por placer y por necesidad a la agricultura, la que me ha proporcionado infinitas satisfacciones. Al mismo tiempo había establecido una fábrica de alcohol y de licores, así como un taller de carpintería y herrería, lo que no solamente costaba mi establecimiento agrícola, sino que me daba algunos beneficios proveniente de los trabajos ejecutados por cuenta de particulares. De esta manera, he adquirido los medios para vivir con gran comodidad. El 12 de mayo de 1829, las autoridades de San Yago (Santiago) sin preámbulo, me intimaron la orden del Dictador supremo de abandonar el país. Esta intimación era una mezcla de justicia y agravio, de lo que no pude darme cuenta de una manera positiva. En una palabra, errante desde el 12 de Mayo de 1829, hasta el 2 de Febrero de 1831, es decir, durante veinte meses y veinte días, en fin he pasado el Paraná con todos los honores de la guerra.

Esta segunda época de mi estadía en el Paraguay ha sido un verdadero castigo para mí, jamás había dado lugar a ninguna queja, había tratado siempre de ganar la estimación de todos. El director supremo, después de mi llegada en la República hasta el 12 de Mayo de 1829, me había acordado la más gran libertad, y los jefes del departamento donde yo estaba domiciliado me trataban con benevolencia. En fin, puesto que todas las cosas tienen su fin, el director ha decretado mi partida del Paraguay, y lo ha hecho de la manera más generosa. Estoy en libertad y espero abrazaros muy pronto.

Mil cosas a todos los amigos que se acuerden de mí, por que yo no tengo tiempo para escribirles.

Durante mi detención no he olvidado a ninguno, y, sin cartas geográficas, he sin embargo viajado mucho.

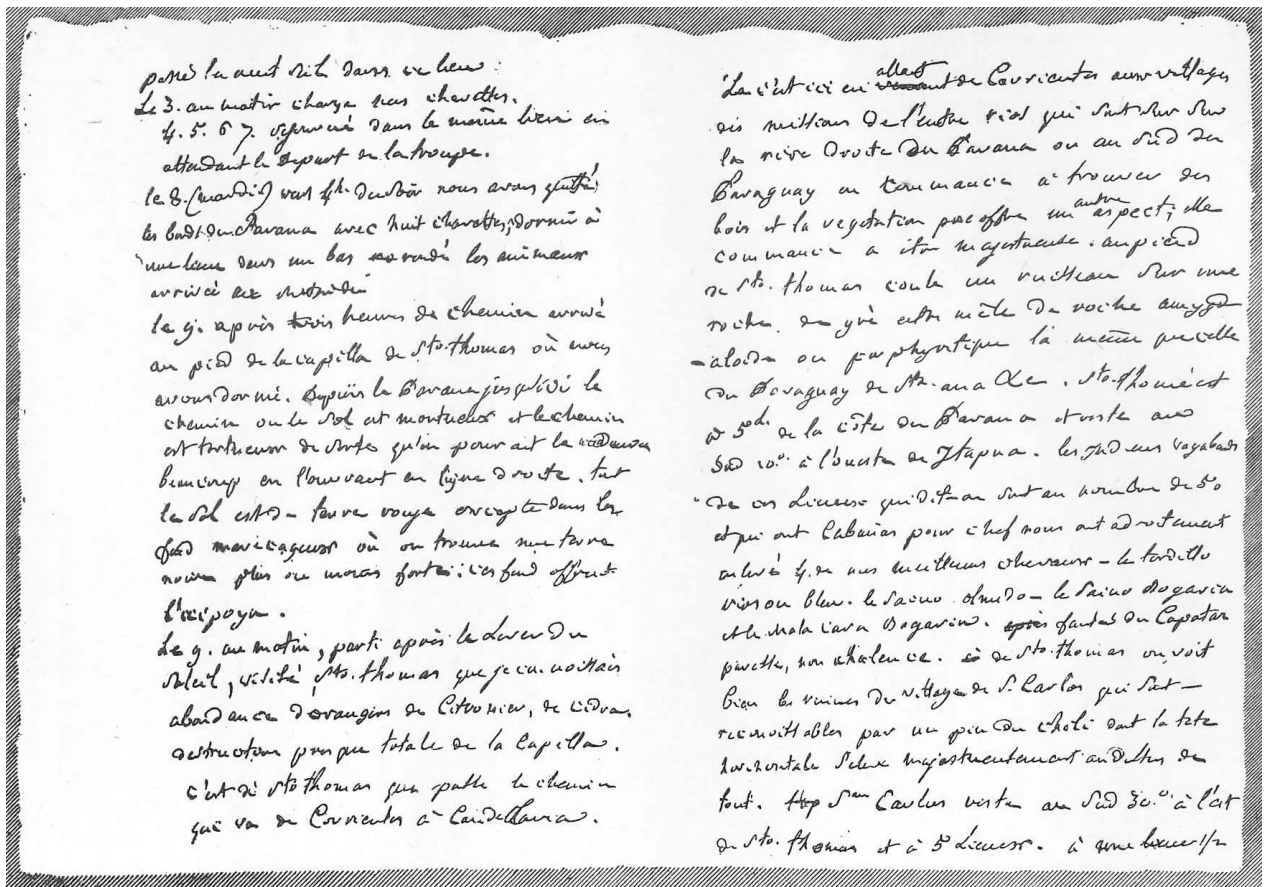
Durante nueve años consecutivos, no he hablado francés una sola vez. Espero pues que me perdone el defecto y los errores de ésta carta.

Adiós mi querido Roguín estoy impaciente por veros y terminar lo mas pronto posible los pequeños negocios que me retienen aquí.

Vuestro compatriota y amigo sincero.

Amado Bonpland.

Figura 1.- Bonpland, facsímil de un fragmento de su diario de salida del Paraguay



En otra correspondencia al botánico Delile (Dr. E. T. Hamy, *loc. cit.*, pág. 92) le dice:

Buenos Aires, 8 de Agosto de 1832.

Durante mi larga detención (nueve años) en el Paraguay, que por lo demás, es un país admirable, me he entregado de lleno a la agricultura, y era un rico cultivador cuando el dictador Francia me ordenó abandonar enseguida mi propiedad, en la cual tenía cuarenta y cinco personas empleadas. He dejado pues en el Paraguay un establecimiento agrícola bien montado.

Cultivaba algodón, caña de azúcar, *Arachis hypogaea*, cinco especies de *Jatropha*, varias variedades de *Convolvulus batatas*, la planta del Mate (*Ilex paraguayensis*, Saint-Hil., *I. theezans* Bonpl.).

Había establecido plantaciones de vid, de naranjos, de otras especies del género *Citrus*; guayabos, etc. En fin, he dejado una fábrica de aguardiente, una carpintería, una cerrajería y un hospital compuesto de cuatro piezas, donde tenía constantemente enfermos (fué aquí donde según una referencia que me hiciera el Dr. Venancio López se formó el célebre médico paraguayo Estigarribia y donde también se ocupó, parece, de enseñar el rute de los partos a algunas mujeres de la localidad).

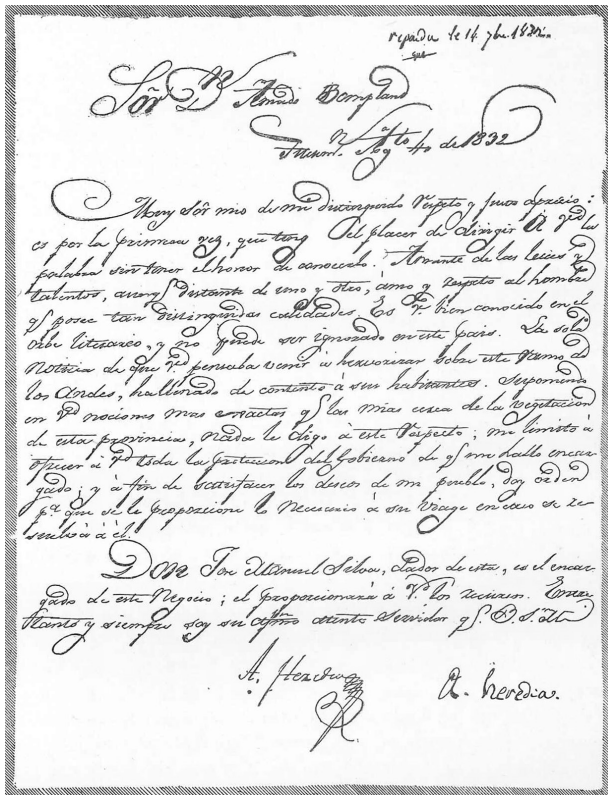
A todo eso debo agregar cuatrocientas vacas y suficientes bueyes, yeguas y caballos, para hacer marchar mi establecimiento con facilidad. Estoy tan contento y vigoroso como me habéis conocido en Navarra y Malmaison. Aunque no tenga tanto dinero, soy amado y estimado por todo el mundo, lo que es para mí la verdadera riqueza.

Bonpland perdió todo eso, se había arruinado por segunda vez, y para colmo de su desgracia, su pensión, que le había asegurado el Emperador en 1805, había sido rayada del gran Libro, por falta de certificados de vida, que él no podía proporcionarlos porque estaba internado en el Cerrito.

San Borja, una de las siete misiones jesuíticas situadas sobre la margen izquierda del Uruguay, cuyo estado de tranquilidad contrastaba con el de los territorios situados río por medio, aniquilados por la guerra civil, fue la nueva residencia elegida por Bonpland, a quien nueve años de prisión no habían abatido. Allí ocupó un pedazo de inculta tierra de 30.000 varas, que no tardó en cubrirla de flores y plantas útiles.

Poco tiempo después, y mientras esperaba reunirse con sus colecciones emprende algunos viajes. En el mes de septiembre se dirige hacia San Javier y recorre la tierra de Pirapó; y en octubre explora la orilla izquierda del Uruguay hasta el Cuarein. Realiza más tarde otras excursiones a Itaquí y al valle de Butuhy; en todas estas excursiones recoge abundantes materiales y, ya establecido, en enero de 1832 emprende viaje a Corrientes, de donde saliera en Junio de 1821 para su establecimiento de Santa Ana, a donde no debía más volver.

Figura 2.- Facsímil de la carta dirigida a Bonpland por el General Alejandro Heredia, gobernador de Tucumán, el 4 de agosto de 1832



Bonpland ha escrito arriba *respondi le 14^{bre} 1832* o sea contestado el 14 de septiembre de 1832. Abajo, a la derecha, ha escrito el nombre A. Heredia.

Después de una breve estada en Corrientes, emprende viaje a Buenos Aires donde es cariñosamente acogido, y permanece desde los primeros días de marzo a noviembre de 1832. Las circunstancias especiales de su cautividad y más que todo la personalidad de su adversario –dice de Angelis–contribuían a darle a su regreso el carácter de un fenómeno fantástico; todos querían ver y hablar con el hombre que había vivido largos años prisionero de Francia, en el Paraguay inaccesible.

Luis Felipe que acababa de ocupar el trono, ordenó, en el acto de saberse allí esta nueva, a sus agentes diplomáticos y al jefe de la flota francesa de estación en el Río de la Plata; de facilitarle el retorno a su patria, y Humboldt anunció al Instituto su llegada como inminente.

Bonpland ve con admiración los progresos que ha hecho Buenos Aires en su ausencia y aprovecha la ocasión de poder enviar al Museum de París, después de una forzosa aparente inactividad, por intermedio del Consulado de Francia, 25 cajones de colecciones: animales, minerales, plantas y fósiles; van en este envío: un cajón que lleva además de un gran número de Melastomaceas, muestras de *granadilla*, una especie de *quasia* (*Picrasma palo amargo* Speg.), a la que, le asigna gran importancia como antidiarréico y febrífugo, planta ésta con la que,

vemos en su *Diario Médico*, que trata el paludismo con éxito en un momento en que carece de quina; y otros cajones con cortezas y leños curtientes (*curupay, quebracho*), y una especie de *jalapa*.

A poco de su llegada, tiene una larga, entrevista a solas con Rosas, después de la que, como lo dice en su carta mencionada al doctor Pedro Serrano «*temí todos los desastres que hemos presenciado*».

Unos meses después, una inesperada visita lo sorprende gratamente, la del señor José Manuel Silva que viene desde Tucumán, encargado por el gobernador, general Alejandro Heredia, hombre cuya cultura era todo un contraste con la de los gobernadores del litoral, quien venía a poner en sus manos la honrosa invitación que en nombre de su provincia le hacía para que se trasladase a estudiar su flora y ofreciéndole todos los medios necesarios, carta que era acompañada de otra de su amigo y admirador señor don José Agustín Molina a quien conociera y tratara a su llegada en 1818, el que le rogaba accediese al gentil pedido (Figura 2).

El 15 de septiembre (1832), contestaba Bonpland al general Heredia agradeciendo su invitación en estos términos (Figura 3):

La oferta generosa de V. E. y la de todo su pueblo me son muy sensibles, quedan grabadas en mi corazón y las agradeceré toda mi vida.

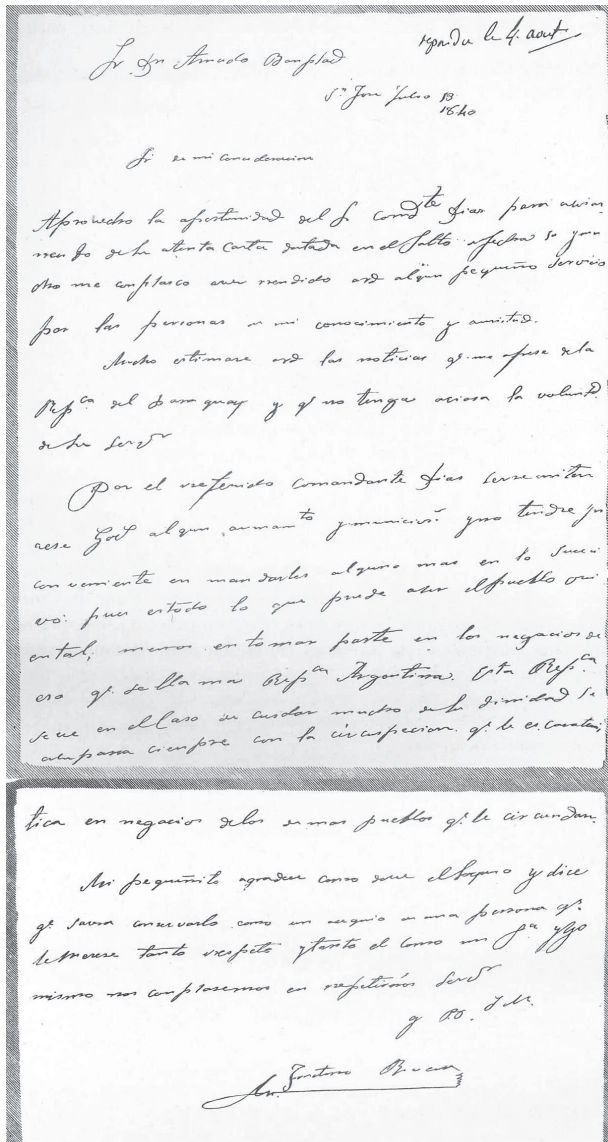
Y después de establecer un paralelo entre la vegetación paraguaya y la tucumana tal cual él la imagina, agrega:

Si como lo supongo verifico los deseos que siempre he tenido y que se aumentan con las ofertas de V. E. haré todos mis esfuerzos para ayudarlo en sus miras científicas y espero publicar separadamente la historia natural de la provincia de Tucumán y formar en su capital un gabinete de todo lo que contiene el país.

Tenía (al parecer) el propósito de quedar algún tiempo más en Buenos Aires, pero el recrudecimiento de la anarquía en la Banda Oriental y los levantamientos de Río Grande que amenazaban cortar el camino de San Borja, por el Uruguay, lo obligaron a partir rápidamente y a reintegrarse en su propiedad. Allí permanece hasta los primeros días de 1837 y en ese transcurso hace nuevas excursiones por Corrientes y las Misiones portuguesas fuera de lo que entretiene un tiempo entre las faenas agrícolas, y el ejercicio de la medicina, que más que ayudarle a vivir, lo hace rodear de ese respeto, cariño y autoridad moral que le permiten mantener su neutralidad en medio de la anarquía y del desorden del país.

En enero de 1837 vuelve a Buenos Aires, trae consigo tres cajones conteniendo semillas (78 dases), rocas y minerales que forman la continuación de las colecciones anteriormente enviadas al Museum y que permiten conocer interesantes datos geológicos del Paraguay, nordeste argentino y región brasileña colindantes y 250 pájaros, entre ellos 119 especies ignoradas por Azara o mal descritas.

Figura 4.- Facsímil de la carta remitida a Bonpland por Rivera el 13 de julio de 1840



de Corrientes; a las orillas del Paraná, para entrevistarse con el jefe naval francés, etc., y sobretodo poniendo en juego su amistad y su alta autoridad moral con unos y con otros, para atenuar las frecuentes desinteligencias que inutilizaron más tarde los beneficios de Caá-guazú.

Paz, que ha sabido valorarlo, le escribe desde el Paso de Pesoa el 20 de octubre de 1840 (*Cartas inéditas del general Paz a Bonpland*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, noviembre y diciembre de 1905).

Señor Amado Bonpland.

Muy señor mío y de toda mi estimación:

El Señor Gobernador me anuncia la misión de Ud. a la Banda Oriental, y he sabido con el mayor gusto que debe Ud. pasar por

éste campo. Como estoy en movimiento, pudiera ser que tarde Ud. en dar conmigo, y deseoso de ahorrarle algunas leguas y algunas incomodidades, hago marchar a mi ayudante D. Ramón Portalea, para que lo acompañe y conduzca por el camino más derecho.

Tendré la mayor satisfacción de hablar a Ud. con franqueza, como también en asegurarle que soy su más consecuente y S. S. Q. B. S.M.

José M. Paz.

En algunos párrafos de otra corta dirigida a Bonpland y fechada en Villa Nueva el 5 de noviembre de 1840 (*Revista de la Universidad*, 1905, pág. 36G), le dice:

Si no me engaño, iba Ud. prevenido de pedir vestuarios en general, más sin embargo le induyo una relación circunstanciada del más necesario, con concepto a poner un cuerpo de 2000 a 2500 hombres, dejarlo alguna fuerza para que guarde la frontera...

Voy a comunicar a Ud. otro suceso de que ya tiene Ud. indicios y que se me pasaba por alto. Se verificó la muerte del doctor Francia, que acaeció el 10 de Septiembre. A nadie se oculta la magnitud y trascendencia de éste acontecimiento, además, el va a excitar aspiraciones, a producir cálculos más o menos juiciosos y quizás a crear nuevas combinaciones. Ya se hará Ud. cargo de cuanta utilidad nos será que Ud. nos instruya de lo que se piense, se proyecte y se haga por allá. Hace Ud. ahora falta en todas partes por estos lugares, que sería Ud. utilísimo a este Gobierno haciendo valer sus relaciones y su capacidad cerca de los Paraguayos, sea para entablar relaciones políticas, sea puramente comerciales. Díganos también algo sobre ésto, es decir, su opinión sobre la política que debe aquí seguirse...

En otra carta fechada en Villa Nueva el 9 de febrero de 1841 (*Revista de la Universidad*, pág. 469) le dice:

Parece que el enemigo se prepara a invadir con vigor y, sin duda, con fuerzas superiores, la provincia de Corrientes. Ya me hará Ud. cargo que convendría para resistirlo haber puesto con tiempo el ejército en un pie respetable y para ello es que con tanta anticipación pedí oficiales, vestuarios, municiones, etc. Nada ha venido, como Ud. sabe, pero entre éstos pedidos hay algunos que son de una absoluta necesidad.

Pólvora no hay en la provincia, y si fuera preciso hacer una guerra duradera careceríamos muy pronto de este esencial artículo.

Es, pues, urgente que vea de proporcionarla por contrato particular que Ud. haga, en cantidad de algunos quintales y de varias calidades, para que sirva para cañón y para fosil, sin olvidarse de algún plomo, y que todo venga a la mayor brevedad.

Esta ingerencia en la política de la República lo absorbe por completo, al punto que sus estudios científicos disminuyeron considerablemente, haciendo comparable este lapso de tiempo con aquel pasado en el Paraguay.

Terminada la campaña, Bonpland vuelve a sus trabajos y pasa alternativamente entre Santa Ana y San Borja, llegando de tiempo en tiempo hasta Montevideo; pero continúa actuando en la política contra Rosas y es el lazo de unión entre los unitarios y las fuerzas navales europeas.

En junio de 1849 escribe a Alfredo Demersay, desde Porto Alegre, dándole noticias de un viaje de San Borja a Santa Cruz, en la estancia del señor Chaves.

En este trayecto de 72 leguas he descripto cerca de 200 plantas, la mayor parte nuevas y otras mal conocidas.

La Esquina, 18 de Octubre de 1854.

Con esa misma fecha le dice a Delile (Dr. E. T. Hamy, *loc. cit.*, Carta LXXXI).

Comparto con Ud., mi viejo y bien querido amigo, el vivo deseo de verlo y abrazarlo. Esperemos dos años y tendremos una larga entrevista. Mis colecciones y mis manuscritos están en buen orden; desearía ardientemente publicarlos, porque estoy convencido que nadie podría llenar los que nos queda en la memoria. Desearía sobretodo dar a la publicación de mis plantas (3000), la forma que había establecido para la publicación de las plantas de mi primer viaje. Humboldt no ha estado jamás de acuerdo conmigo sobre este punto, como sobre muchos otros. Es presumible que tenga razón.

Y desde Montevideo, en octubre de 1849, le envía a Arago observaciones termométricas seguidas durante dos años y medio en San Borja. En uno de los párrafos de la carta que acompaña a estas observaciones dice:

Enseguida que regrese a San Borja, donde conservo mis colecciones, y enseguida que la navegación del Uruguay ofrezca la seguridad de la que está privada hace tantos años, enviaré algo a París.

Mi herbario, se compone de más de tres mil plantas que las conservo en buen estado, así como mis manuscritos, da envidia a muchas personas.

En septiembre de 1840, desde Montevideo, envía a Mirbel, por segunda vez, granos de *Victoria Regia*, de esa magnífica ninfácea descubierta por él en 1820; y asegura de esta manera la propagación en Europa de esta maravillosa acuática.

Los últimos años de Bonpland, se han transcurrido entre San Borja y Santa Ana, sus dos dominios en las márgenes del Uruguay. San Borja se despoblaba, la actividad comercial languidecía o, mejor dicho, estaba paralizada por completo; estas causas obligaron a Bonpland a dar preferencia a su residencia de Santa Ana a fines del año 1853.

Desde Montevideo, el 29 de enero de 1854, escribe a Humboldt (Dr. E. T. Hamy, *loc. cit.*, pág. 183) expresándole su ardiente deseo de regresar a París; dice así en su último párrafo:

Mis esperanzas mas dulces (te lo repito mi querido Humboldt) es llevar yo mismo mis colecciones y descripciones, familiarizarme con la nueva literatura, el estado actual de la ciencia, comprar libros y en seguida regresar para esperar tranquilamente mi fin sobre los bordes graciosos del Uruguay, rodeado de sus encantos y de una naturaleza espléndida. Con una amistad indestructible y el alegre recuerdo de lo que hemos vencido juntos con goces y duras privaciones.

Tuyo,

Amado Bonpland.

En el mes ele. octubre de 1854 el gobernador de Corrientes, don Juan Pujol, le nombra director del Museo. He aquí la carta de don Juan Pujol a Amado Bonpland.

El Gobierno ha decidido la creación de un Museo o de una exposición provincial permanente y está convencido de no poder realizar su pensamiento sin el concurso de los importantes trabajos y de los conocimientos extendidos de Ud., como director de éste Instituto, ni poder realizar el noble fin hacia el cual nuestra creación civilizada debe dirigir los pasos de la patria. También ha creído bueno por el presente rescripto nombraros director general de la exposición provincial permanente con todos los privilegios, rentas y honores que deben ser otorgados por un decreto que el Gobierno someterá, lo más pronto posible, al Congreso soberano. El gobierno está en la creencia que estaréis dispuesto a honrar con vuestra aceptación, que no sería jamás bien apreciada a éste país, que sabéis tan bien estimar y distinguir con un sentimiento tan elevado de justicia. No se pide a Ud. el sacrificio de un servicio personal, pero, solamente la cooperación de vuestro reputado nombre y vuestros sabios consejos a fin de realizar las aspiraciones y las mejoras útiles que serán propuestas. Nuestro pensamiento directriz, fundando el Instituto de la exposición permanente, ha sido despertar entre nuestros conciudadanos una emulación de esfuerzos útiles y de abrir una arena donde todas las industrias salutaris al hombre podrán ser representadas rivalizando en celos entre ellos; de crear un campo en el cual la remuneración futura y las aprobaciones no serán el patrimonio de aquel que sepa romper una lanza, pero sí de aquél que sepa mejor conducir el arado, plantar vid, y recoger sus uvas. Para presidir a ésta gran obra de civilización y filantropía y dirigirla, el gobierno llama y desea el poderoso contingente de vuestro talento y consagrado a las ciencias prácticas. El abajo firmado aprovecha ésta ocasión para saludaros respetuosamente, ofreceros sus respetos y su consideración más distinguidas.

Dios os conserve largos años,

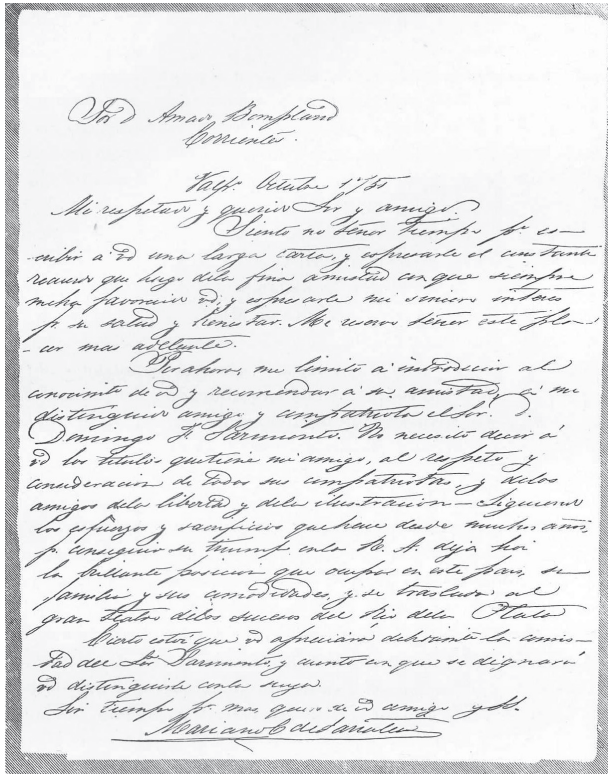
Juan Pujol.

Este puesto fue aceptado por Bonpland, y en una carta dirigida a von Gulich desde San Borja, el 8 de agosto de 1856 (Dr. E. T. Hamy, *loc. cit.*, pág. 207), le dice que transportará a Santa Ana todos sus manuscritos y colecciones donde piensa establecer un cuartel general; agrega que su herbario y sus minerales tomarán con él el camino a Corrientes; que en el Museo de Historia Natural de esta ciudad depositará los dobles de su colección, y que todo es el fruto de sus trabajos desde el año 1817.

En 1851, ya pronunciado Urquiza contra la tiranía, Bonpland, que aunque instalado en San Borja no deja de frecuentar su posesión de Santa Ana, va a visitarlo en San José. Es desde entonces que se establece entre ambos una mutua respetuosa amistad que da origen a una larga correspondencia, en la que, al lado de noticias de índole política o administrativa, se hace mención del estado de las nuevas plantas con que Bonpland va enriqueciendo las colecciones de San José, de las semillas que le ha enviado con sus indicaciones para cultivarlas, o las prometidas para cuando realice un proyectado viaje al Paraguay.

En diciembre de 1851 vuelve a San José, es durante esta visita que se encuentra allí con Sarmiento, que acaba de llegar de Chile, y quien le hace entrega de la siguiente carta

Figura 5.- Facsímil de la carta remitida a Bonpland por Don Mariano C. Sarratea



de presentación que le ha dado Don Mariano C. de Sarratea (Figura 5):

Corrientes.
Valp° Octubre 1°/51.

Sr. D. Aimando Bonpland.

Mi respetado y querido Sor. y amigo:

Siento no tener tiempo para escribir a Ud. una larga carta y expresarle el constante recuerdo que hago de la fina amistad con que siempre me ha favorecido Ud. y expresarle mi sincero interés por su salud y bienestar. Me reservo tener este placer más adelante.

Por ahora me limito a introducir al conocimiento de Ud. y recomendar a su amistad, a mi distinguido amigo y compatriota el Sor. D. Domingo F. Sarmiento. No necesito decir a Ud. los títulos que tiene mi amigo al respecto y consideración de todos sus compatriotas y de los amigos de la libertad y de la ilustración. Siguiendo los esfuerzos y sacrificios que hace desde muchos años para conseguir su triunfo en la R. A. deja hoy la brillante posición que ocupa en este país, su familia y sus comodidades y se traslada al gran teatro de los sucesos del Río de la Plata.

Cierto estoy que Ud. apreciará debidamente la amistad del Sor. Sarmiento y cuento con que se dignara Ud. distinguirlo con la suya. Sin tiempo para más queda de Ud. amigo y S. S.

Mariano C. Sarratea.

Reinstalado en Santa Ana desde mediados de 1853, y a pesar de su avanzada edad, 80 años, ha emprendido con tesón la repoblación de su casi abandonado establecimiento. Tres meses después ya tiene sembrada y plantada con árboles frutales y forestales, viñas y legumbres, una superficie ele 40.000 varas y reunido una majada de 2000 ovejas mestizas.

En diciembre de 1853 emprende viaje a Montevideo, deteniéndose de paso en San José para visitar a Urquiza; llega a Montevideo en los últimos días del mismo mes y permanece allí hasta febrero de 1854 en que regresa a Santa Ana. Vuelve a Montevideo en noviembre de 1855, y su breve estada coincide con el banquete con que bajo su presidencia los aliados festejaron el 26 de noviembre la toma de Sebastopol, leyéndose en ese momento en su honor un conceptuoso brindis cuyo texto figura en el archivo y que fue escrito por Bautista André, ex repetidor de matemáticas del Colegio de Luis el Grande en París, entonces residente en Montevideo.

En 1857, aprovechando el paso del aviso *Le Bisson*, visita la Asunción, donde colecciona, materiales que son los últimos que anota en su Diario botánico que hemos ya publicado. Ese mismo año a poco de regresar, proyecta un segundo viaje por invitación del presidente López, que desgraciadamente no pudo realizar.

Entre tanto en Europa se renuevan los honores ganados por este sabio, bueno, desinteresado, fiel a su patria, por cuya honra y prez trabaja en las postrimerías de una vida, que es una de las más dignas vidas vividas por un hombre. La Academia de Ciencias de París lo incorpora a su seno el 7 de abril de 1852 y Demersay hace su elogio en la Sociedad de Geografía el 22 de agosto de 1853.

Pero es Alemania la que bajo la influencia de Humboldt le rinde más honores. El 1° de enero de 1853 aparece en Hanover un diario de botánica general con el nombre de *Bonplandia* el que poco después se hace el órgano oficial de la célebre Academia Leopoldina Carolina. El 10 de junio de 1854 el rey de Prusia le confiere la cruz de tercera clase del Águila roja; el 17 de octubre de 1856 la Universidad de Greiswald, que celebra el IV centenario de su fundación le designa *Doctor honoris causa* en filosofía y el 1° de enero de 1857, la Academia Leopoldina Carolina lo incorpora en su seno con el *cognomen* de Desfontaines, su primer maestro de botánica.

Entre tanto su vida se extinguía lentamente después de haber brillado en el cielo de la ciencia como un astro de primera magnitud.

Pasó los últimos días de su infatigable existencia con la plácida resignación de un filósofo antiguo, en un rancho desmantelado de su residencia de Santa Ana que contrastaba tristemente con el lujo y el esplendor de la flora tropical que le rodeaba, acompañado de sus tres hijos, Amado, Anastasio y Carmen, pero en el seno de la virgen selva americana que tanto había amado. Cumplía así la manifestación que un día hiciera a Brunel, a quien dijo:

Habitado a vivir al aire libre, a la sombra de los árboles seculares de América, a oír el canto de los pájaros que suspenden sus nidos sobre mi cabeza, a sentarme para ver correr a mis pies las puras aguas de un arroyo; en lugar de todos estos dones, ¿Qué encontraría yo en el barrio más aristocrático y brillante de París? Encerrado en mi gabinete estaría obligado a trabajar día y noche por cuenta de un librero que tuviese a bien encargarse de la publicación de mis obras, y tendría por toda compensación el placer de ver eclosionar de tiempo en tiempo en mis solapas una mezquina roseta. Perdería lo que yo más aprecio, mi sociedad de predilección, mis plantas que hacen mi alegría y mi vida. No, no, es aquí donde debo vivir y morir.

Y cumpliendo su voto, esta preclara existencia se extinguió para la ciencia y la humanidad el 11 de mayo de 1858, a los 85 años de edad; Siendo transportado a Paso de los Libres donde sus cenizas reposan mientras su espíritu vive en la inmortalidad.